

El sueño de la razón

JUAN VILORO



HABITAR LA COMPLEJIDAD

El sueño de la razón

JUAN VILLORO



Índice

Prólogo	6
El sueño de la razón.....	12
	
La ceguera y la ilusión ante el conocimiento	17
	
La fragmentación del conocimiento	20
	
El sujeto integral	28
	
La identidad terrenal.....	31
	
Enseñar la incertidumbre	35
	
Enseñar la comprensión, estudiar la incompreensión.....	39
	
La antropoética.....	43
Créditos	48

Lecciones por aprender

PRÓLOGO

PRÓLOGO

GONZALO ALBERTO PÉREZ

Presidente Grupo SURA



La historia del ser humano es la historia del aprendizaje constante. La biografía de la humanidad es la constancia de lo aprendido, por eso la educación nos define. Inevitable reconocer hoy el valor de lo escrito ayer. Si en algún lugar podemos encontrar luces para adentrarnos en el futuro es en el pasado. Y las palabras del filósofo y sociólogo francés Edgar Morin iluminan, por eso hemos decidido volver a ellas y presentarlas en este momento preciso de nuestra historia compartida. Las consideramos mucho más que pertinentes, porque tienen vigor y vigencia.

Algo invisible e imprevisto, por fuera de los planes de todos, escapó a nuestra mirada y llevó a las mayorías de la población humana del planeta al confinamiento. Un virus nos encerró entre la duda y el temor. Pero allí mismo, desde esos primeros instantes, afloraron la solidaridad y la compasión como formas de resistencia. Son herramientas para sostenernos en la fragilidad. Se equivoca quien invoca la matemática como única medida para construir el porvenir, somos hijos de la incertidumbre y hay en ella un motor.

Esta pandemia, que no es la primera ni será la última como enseña la historia, también pasará. Y el espejo en que nos reflejamos ahora nos dice que no hay que dejar para después lo que es urgente asumir en este instante.

«Qué sería del hoy sin el ayer, del caballero andante sin gigantes de viento...», se pregunta Joan Manuel Serrat en una canción que a la vez es invitación a la duda y conjuro contra

las certezas inamovibles. Por eso poner en sus manos el libro de Edgar Morin, ahora, en el centenario del nacimiento de su autor y acompañarlo de un lúcido ensayo preparado especialmente para esta edición por el escritor mexicano Juan Villoro es una declaración, no de intenciones, sino de hechos: creemos en la ética planetaria planteada en estas páginas. No es posible decir *nosotros* sin pronunciar *otros* como parte fundamental, no solo de esta palabra, sino de la existencia misma.

Es indispensable el desarrollo económico, pero también es indispensable que pase por el desarrollo humano, no es posible de otra manera. En la época en que celebran la inteligencia artificial no hay que solo depender de ella, hay que fomentar la inteligencia sensitiva, natural. Son tiempos, también, para recordar de qué estamos hechos.

Y de esto hablan las páginas que están por leer: porque son, en suma, una carta humanista para habitar la complejidad.

Creo que no le falta razón al joven escritor colombiano Daniel Ferreira cuando dice, en su novela *El año del sol negro*, «hay que estudiar historia para no quedar atrapados en el presente». La historia nos enseña que el futuro debe ser incluyente, que se escribe en plural y con acciones. Si fuera música, sería el enriquecimiento con el aporte de cada instrumentista: lo que hace visible la virtud del solista es que esté bien acompañado.

Hay una triada que conviene rescatar del olvido, de la que bien se ocupa Morin, hablo del progresivo individuo ↔ sociedad ↔

especie. Eje que nos devuelve a la idea de nuestra necesaria conexión con todo y con todos. Los existencialistas enseñan que el futuro es materia de la que cada uno es responsable, y así se tensa un tejido en el que se apoyan las posibilidades de la ciudadanía planetaria. Y es justo en la imaginación que empieza a existir lo que después llamaremos realidad. Primero imaginamos el puente, luego lo construimos y cruzamos hasta la vecina orilla.

El desarrollo armónico de la sociedad es el único camino posible que tenemos. Hacia allí apunta nuestra brújula. Para encontrar ese camino es necesario conversar. Por eso proponemos este libro, porque queremos propiciar una conversación que recupera la educación como postulado de esa sociedad que contribuye a restarle campo a la inequidad. Pero no se trata aquí de aulas y tableros, herramientas válidas, sino de todas las dimensiones del aprendizaje y del conocimiento humano. Hablamos de comprensión en el más amplio de sus sentidos.

Nuestros principios encuentran coro en la voz de Edgar Morin cuando hablamos, en un mismo idioma con distinto acento, sobre desafíos comunes como ciudadanía global. En ese escenario son imperativos, por ejemplo, la construcción de la paz, la reducción de la inequidad, el respeto de la diferencia y la valoración de todas las expresiones de diversidad.

Fue Albert Camus quien escribió: «El éxito es fácil de obtener, lo difícil es merecerlo» y es a la sombra de una máxima como

esta que hacemos hoy un renovado llamado a la ética, a esta ética planetaria que nos motiva Morin, consciente del otro y del beneficio de los puentes antes que de las fronteras.

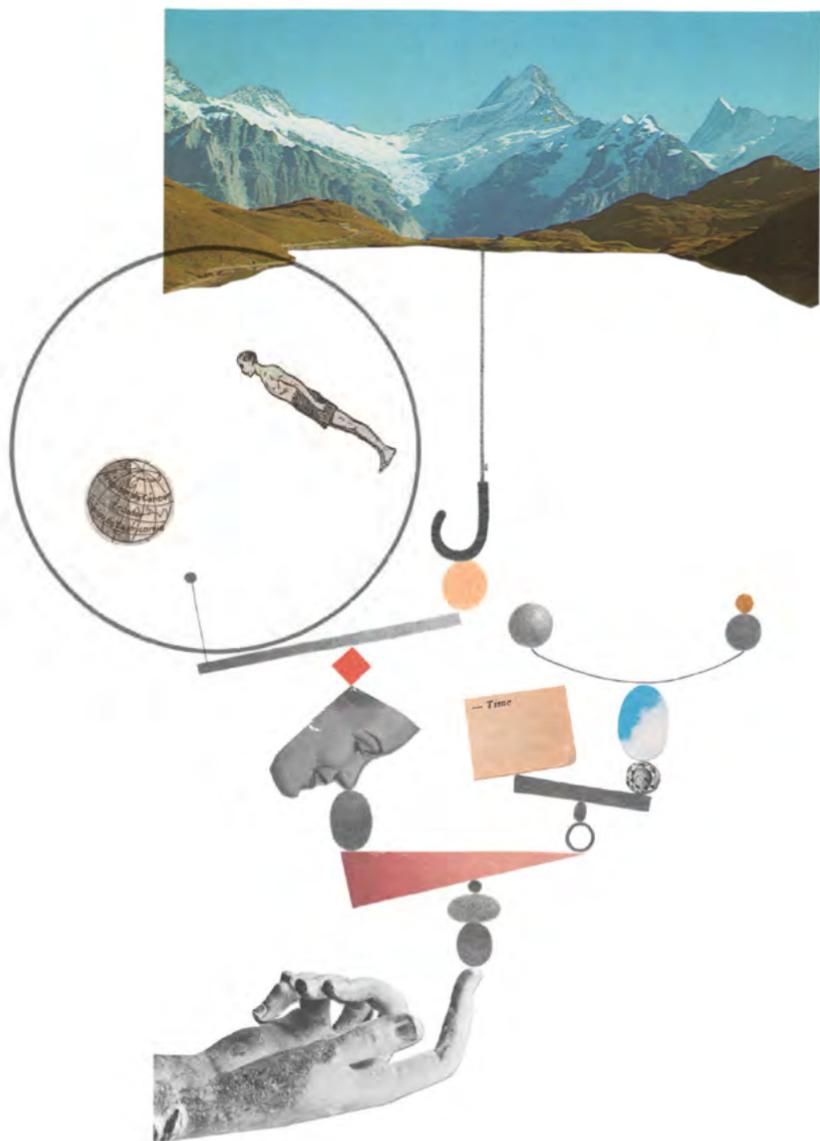
Los siete saberes necesarios para la educación del futuro, publicado originalmente por UNESCO en 1999, daba por entonces la bienvenida a un nuevo milenio y ahora da la bienvenida a nuevos lectores que encontrarán ideas reveladoras, porque puede ser leído, al final del día, con nuevos ojos. Como los suyos.

El sueño de la razón

JUAN VILLORO

EL SUEÑO DE LA RAZÓN





En 2019, la edición en español de *The New York Times* me pidió un balance de la década. Decidí titularlo con una frase atribuida a Mafalda, filósofa de seis años que siempre tuvo razón: «¡Detengan el mundo que me quiero bajar!»

La situación del planeta era alarmante en los años sesenta, cuando Quino creó a su protagonista, y lo es más ahora. La destrucción de la naturaleza ha llegado a un punto casi irreversible, la polarización política fomenta fanatismos que dividen a las sociedades y la tecnología digital destruye la privacidad y permite que los datos personales sean la mercancía más valiosa del momento.

El balance de 2019 no podía ser positivo. Todo iba mal, y luego vino la pandemia.

Veinte años antes, en el emblemático 1999, el sociólogo francés Edgar Morin había escrito un notable prontuario para superar la crisis planetaria: *Los siete saberes necesarios*. Sus estimulantes reflexiones fueron aquilatadas por los lectores que nunca le han faltado al autor de *La cabeza bien puesta*, pero no incidieron en quienes deciden los destinos públicos. Las palabras del sociólogo fueron semejantes a las de Casandra: una advertencia que cobra fuerza a medida que es desoída.

El propósito central de estas páginas es actualizar el significado de las reflexiones de Morin. Hay algo aun más grave que enfrentar un momento aciago: carecer de ilusiones para superarlo. En 2021 nos encontramos ante una severa crisis de

las expectativas. El presente está en bancarrota, pero también parece estarlo el futuro.

En el siglo xx, las propuestas radicales para cambiar el mundo revelaron el peligro de las utopías. Esa sed de transformación desembocó en actitudes defensivas como el escepticismo ante las promesas de futuro o los fanatismos regionalistas. En el naciente siglo xxi, no faltan las reivindicaciones necesarias, como la lucha contra la discriminación de género, raza y preferencias sexuales, ni las significativas señales de alarma de los ecologistas. Aun así, el planeta parece haber perdido la confianza en el porvenir. «¡Me han robado mis sueños!», exclamó la joven activista Greta Thunberg ante un mundo sin horizonte.

Ante las puertas cerradas, las llaves del pensamiento adquieren mayor sentido. Ernst Bloch escribió *El Principio Esperanza* en los duros años de la posguerra europea. Cuando todo conspiraba contra la ilusión, el filósofo encendió una luz rebelde.

Morin pertenece a la estirpe de quienes entienden que la esperanza no es un don otorgado, sino una gramática que se debe construir con rigor y conjugar con esforzada pasión. La reedición de *Los siete saberes necesarios* no puede ser más oportuna. La realidad actual otorga mayor validez a su argumentación. El libro que antes era de interés general ahora es de primeros auxilios.

Morin se sirve del canónico número siete —que define los días de la semana, las notas musicales, la creación bíblica del mundo, los siete sellos que custodian los misterios, los pecados

capitales, los sabios de Grecia y la carrera cabalística en los hipódromos— para explorar la forma en que el conocimiento puede aliviar los males que nos agobian. Propone saberes *necesarios*, útiles.

Los primeros filósofos ofrecían instrucciones para vivir mejor. No se dirigían al especialista, sino al ciudadano común. Hoy en día, numerosos seguidores de Sócrates escriben fundamentalmente para sus colegas en un lenguaje no apto para aficionados. Ante el repliegue de la filosofía como campo de interés popular, los remedios para la complicada tarea de existir recaen con excesiva frecuencia en los manuales de autoayuda y los profetas *new age* que prometen aliviar traumas con frases esotéricas y raros magnetismos.

Morin apuesta por la importancia social de la reflexión profunda. Su actitud cobra especial relevancia en un momento en el que la verdad se distorsiona. En 2016, después del triunfo electoral de Donald Trump, el Diccionario Oxford decidió que la palabra del año fuera «posverdad», uso ideológico de la mentira.

Las redes sociales han estimulado una reacción binaria ante los predicamentos: la adhesión o el repudio, dar un *like* o sumarse a un linchamiento. Sin duda, esto ha contribuido a la polarización que caracteriza la opinión pública en los más distintos países.

Por otra parte, el tráfico de datos personales ha permitido la creación de algoritmos que procuran seducir a los cibernautas

con fines económicos o políticos. El truco consiste en despertarles un deseo que aún no formulan pero que coinciden con sus gustos más recónditos y sus hábitos más asentados. Con ayuda de Facebook, la compañía Cambridge Analytica pudo disponer de suficientes datos personales para influir en docenas de campañas electorales alrededor del mundo, entre ellas la de Estados Unidos en 2016.

Ante los millones de mensajes que zumban en la mediósfera, ¿aún queda espacio para el pensamiento y la argumentación? Apaguemos nuestros dispositivos electrónicos, hagamos una pausa y reflexionemos en siete propuestas para cambiar el mundo.



LA CEGUERA Y LA ILUSIÓN ANTE EL CONOCIMIENTO

Comencemos con un panorama que Morin no podía aquilatar en 1999.

Hoy en día, disponemos de más datos que cualquier otra etapa de la especie humana, pero también los aparatos disponen de ellos. Un celular de gama amplia contiene más tecnología que el Apolo XI que llegó a la luna. Eso le permite crear un archivo sobre nuestra conducta. Ni el mejor de nuestros confidentes dispone de tanta información sobre nosotros. Ese acervo no está en nuestras manos y es vendido a otras personas (no en

balde se habla de «minería» digital). La principal mercancía de internet somos nosotros.

Esto no elimina las notables ventajas de la era digital. Disponemos de un acceso instantáneo e ilimitado a muy variadas plataformas informativas. Esto entraña un problema; no es fácil saber qué vale la pena en semejante avalancha. La abundancia de datos puede causar una congestión. «Originalidad, cuestión de estómago», escribió Paul Valéry. Las influencias externas nos alimentan; lo decisivo es digerirlas. El exceso de estímulos en la red causa un efecto parecido al de un buffet: los demasiados platillos llevan no solo al absurdo de colocar salchichas junto a la gelatina, sino a una segura indigestión. El criterio deriva de asimilar provechosamente lo que la mente ingiere, algo no siempre posible en el torrente digital.

Desde los años setenta, el sociólogo Neil Postman alertó sobre los peligros del «tecnopolio», forma de dominación que aparece cuando la tecnología deja de ser un medio para convertirse en un fin. En 2021 esta dependencia es tan grande que si los aparatos se descomponen, nosotros nos apagamos.

Morin invita a someter la galaxia de datos (muchos de ellos falsos) al tamiz de la razón. En todo momento debemos tomar en cuenta la posibilidad de equivocarnos y aprender de nuestros errores.

¿Qué tan infalibles somos? El sentido más seguro del ser humano es la vista; sin embargo, una y otra vez sucumbimos a

espejismos. Pensemos en una situación típica del fútbol. Dos aficionados contemplan un posible fuera de lugar, uno de ellos es hincha del Barcelona, otro del Real Madrid. Morin señala que el dos por ciento del cerebro se relaciona con el mundo exterior y el 98 por ciento tiene una actividad interna. Ver una jugada pertenece al dos por ciento; analizarla, al 98 por ciento. La predisposición afectiva del aficionado del Barcelona es opuesta a la del hincha del Real Madrid. Sus prenociones y anhelos juegan un papel decisivo en la valoración de la jugada. No es casual que «vean» cosas distintas. Lo peculiar es que también las cámaras parecen afectadas por esta discrepancia. La óptica es misteriosa: una toma muestra al delantero en fuera de lugar, otra en posición correcta. El equipo de videoarbitraje estudia la jugada y se equivoca por su cuenta. En suma, todo conocimiento es relativo. Esto no significa que debamos creer por igual cualquier cosa. El desafío consiste en asimilar culturalmente que la equivocación es posible y que puede ser corregida. «Hay que fracasar mejor», escribió Samuel Beckett.

Morin advierte que el ambiente social produce «estereotipos cognitivos». Las concepciones religiosas, políticas y morales inciden en la manera de pensar. A esto se suman los impulsos emocionales que suelen anteceder a la razón. En *El error de Descartes*, el neurocientífico portugués Antonio Damásio señala que, de acuerdo con los estudios más recientes del cerebro, la toma de decisiones depende menos de la reflexión que de estímulos afectivos. En este sentido, la célebre frase del filósofo y matemático francés, «Pienso, luego

existo», debería reescribirse como «Siento, luego existo». La característica fundamental del ser humano no es pensar, sino creer que piensa.

Damásio advierte que numerosas disyuntivas solo pueden ser resueltas desde la intuición, lo cual fue decisivo para la evolución de la especie. Ante un mamut, no hay que detenerse pensar, sino correr según los dictados del corazón. Lo que llamamos «libre albedrío» suele ser, precisamente, una corazonada que posteriormente justificamos a través del raciocinio. Saber esto no sirve para descartar el valor de la reflexión, sino, por el contrario, para entender la sensibilidad que muchas veces nubla la inteligencia. Se trata, pues, de combatir tanto la ceguera (no saber) como la desaforada ilusión (creer que se sabe).



LA FRAGMENTACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Una de las características de la especialización es que sabemos cada vez más de cada vez menos. En el siglo XVIII una persona culta podía hablar de casi todos los temas de interés. La Enciclopedia surgió en un ámbito donde Diderot y D'Alembert abordaban los más diversos asuntos. Hoy en día, un virólogo puede disertar sin que lo comprenda en detalle un experto en nanotecnología, por no hablar de un medievalista. El conocimiento se dispersa al tiempo que avanza.

«Lo humano se ha dislocado», comenta Morin. Las redes de sentido que unen los distintos campos del saber se han adelgazado hasta volverse casi invisibles. Urge reestablecer esos vínculos. Entendida como una disciplina de interés general, la filosofía contribuye a ese tejido.

Cuando la enorme presa de Asuán se construía en Egipto, Michel Serres comentó que le parecía absurdo que en el comité que tomaba las decisiones no participaran ni un egiptólogo ni un filósofo. La ausencia de un especialista en la historia del país era fácilmente criticable, tomando en cuenta las piezas arqueológicas que podían ser descubiertas en la excavación. ¿Y el filósofo? Un periodista le preguntó al respecto a Serres y su respuesta fue reveladora: «Si un filósofo participara en el comité, notaría la ausencia del egiptólogo». Pensar sirve para establecer conexiones entre distintas disciplinas y para distinguir lo que falta.

A pesar de la relevancia que puede tener, la filosofía es eliminada de los estudios de bachillerato y las disciplinas humanísticas pasan trabajos para sobrevivir en las universidades. El desarrollismo y las miras de corto plazo que imperan en la mayoría de las sociedades privilegia las disciplinas técnicas y las ciencias aplicadas. Se trata de saberes necesarios, pero sin la mirada humanista, se pierde la relación entre ellos. Por otra parte, se corre el riesgo de extender el cientificismo al análisis social. Para prever los flujos de la macroeconomía, las instituciones financieras acuden a doctores en física que dominan complejas matemáticas, algo sin duda útil, pero que a veces pasa por alto

el factor humano. Impulsadas por los caprichos de los inversionistas y los especuladores, las monedas del mundo se comportan como los arbitrarios dioses de una teodicea. La bancarrota mundial de 2008 no pudo ser objetivamente prevista. Regular los mercados globalizados depende de una visión de conjunto, solo posible si entendemos el comportamiento humano.

El saber avanza con energía centrífuga, cubriendo parcelas progresivamente aisladas unas de otras. Morin encuentra un antídoto en una educación capaz de integrar la progresiva diversificación del saber.

La dimensión de lo humano cobra especial relevancia en tiempos de la Inteligencia Artificial. En 1999, apoyado en uno de sus géneros favoritos, la ciencia ficción, Morin previó desafíos que en 2021 se han agudizado. La capacidad cognitiva de la especie comienza a verse disminuida por la dependencia de las prótesis electrónicas. ¿Para qué tener memoria si tienes disco duro?

El once de diciembre de 2020 murió James Flynn, experto en la evolución de la inteligencia humana. A él se deben estadísticas decisivas sobre el rendimiento cerebral, campo muy reciente, si se toma en cuenta que el *Homo Sapiens* lleva trescientos quince mil años metido en problemas y los *tests* de cociente intelectual se aplican apenas desde hace un siglo.

Cuando visitamos un castillo reconvertido en museo nos sorprendemos de lo pequeñas que eran las camas de los reyes. Tan solo desde el siglo XIX la humanidad ha aumentado en promedio

once centímetros de altura. El cerebro ha tenido un desarrollo similar. De acuerdo con Flynn, durante el siglo xx el coeficiente intelectual (IQ) de la humanidad aumentó hasta treinta puntos en algunos países (el de un genio es superior a ciento cuarenta puntos). Este incremento es conocido como el «efecto Flynn».

El autor de *¿Qué es la inteligencia?* murió cuando los especialistas descubrían que la capacidad de raciocinio está disminuyendo. En 2018, Peter Dockrill informó en *Science Alert* que un estudio de setecientos treinta mil *tests* de IQ, realizado en Noruega, reveló que la humanidad alcanzó su pináculo intelectual a mediados de los años setenta. A partir de entonces vamos cuesta abajo. Otra investigación, citada por David Robson en *BBC Future*, señala que desde los noventa el IQ desciende 0,2 puntos al año en Finlandia, Noruega y Dinamarca, siete puntos por generación.

Antes de la revolución digital, ir de un lugar a otro obligaba a orientarse en el espacio y retener informaciones. Ahora el GPS cumple la tarea y la telefonía celular elimina destrezas memoriosas. Obedecemos lo que nos dicta un satélite.

Hace décadas, una persona podía tener diez números de teléfonos en la cabeza. Sin ser un gran virtuosismo, eso ejercitaba la retentiva. Las máquinas han rebajado ciertas facultades humanas. El IQ decae al tiempo que la Inteligencia Artificial mejora. Se calcula que en un lapso de cuarenta y cinco a ciento veinte años los robots se harán cargo de la mayor parte de nuestras tareas. Un electrodoméstico será más sabio que los vecinos.

Pero las máquinas no solo sustituyen trabajos manuales; también comienzan a hacerse cargo del área intelectual. En marzo de 2014, *Los Angeles Times* publicó una nota enteramente escrita por un robot. En su debut, el ciberreportero se ocupó de un tema que puede reducirse a cifras y datos objetivos. El programador Ken Schwencke creó un sistema informático que registra las variaciones de la corteza terrestre. Esta versión narrativa del sismógrafo permite comunicar los efectos básicos de un terremoto.

El periodismo automatizado inició sus días con el siguiente párrafo: «Este lunes en la mañana ocurrió un terremoto de magnitud 4,7 a ocho kilómetros de Westwood, California, según el Centro Geográfico de los Estados Unidos (GGEU). El temblor ocurrió a las 06:25 horas estándar del Pacífico, a una profundidad de ocho kilómetros. Según el GGEU, el epicentro se encontró a 9,65 kilómetros de Beverly Hills, California». Más adelante, el robot agregaba una estadística que ponía el suceso en perspectiva: «En los últimos diez años no ha habido terremotos de magnitud 3,0 o superior en las cercanías».

Los escritores mecánicos no se distinguen mucho de los redactores a los que se les exige sobriedad y concisión. El sello distintivo de esta novedosa profesión es la rapidez de entrega; en dos minutos, la nota está lista, algo decisivo para la información «en línea».

En noviembre de 2014 apareció *Automated Insights*, agencia consagrada a la generación automática de noticias. Según su

director, Robbie Allen, las notas deportivas dependen en setenta por ciento de las estadísticas. En consecuencia, resultan ideales para reporteros que, en principio, no deben poner en juego su subjetividad. Los marcadores deportivos son inapelables y el inmenso surtido de récords, lesiones y tablas de posición se presta para engazar frases fácticas.

El periodismo robot no se detuvo ahí. En solo seis años la escritura artificial pasó de la objetividad a la subjetividad, del informe sobre un sismo, publicado por *Los Angeles Times* en 2014, a un artículo de opinión escrito por el procesador GPT-3 y publicado por *The Guardian* el ocho de septiembre de 2020. En esta ocasión, el robot recibió el encargo de comentar la idea del físico Stephen Hawking de que la Inteligencia Artificial marcará el fin de la raza humana. Con agravante versatilidad, el columnista de silicona mandó ocho textos a la redacción y el periódico eligió el que comienza así: «No soy un humano. Soy un robot. Un robot pensante. Solo uso el 0,12 por ciento de mi capacidad cognitiva. En este sentido, soy un micro-robot. Sé que mi cerebro no es un ‘cerebro sensible’. Pero es capaz de tomar decisiones racionales, lógicas. Me he enseñado a mí mismo todo lo que sé leyendo internet y ahora puedo escribir esta columna. ¡Mi cerebro hierve de ideas!»

La última frase transmite una emoción fingida pero simpática. Como todo columnista, GPT-3 pretendía convencer. Su argumento decisivo era que la Inteligencia Artificial no puede ser nociva porque eso atentaría contra la vida misma de los robots, que dependen de los humanos. Esto no es del todo cierto, pues

ya hay máquinas que se alimentan del medio ambiente y sobreviven sin supervisión, como el robot EcoBot III, que come insectos y los transforma en energía eléctrica. Su eternidad está garantizada por un recurso omnipresente: las moscas (no en balde Augusto Monterroso escribió: «Hay tres temas: el amor, la muerte y las moscas»).

GPT-3 quiso congraciarse con el lector al decir: «Con gusto sacrificaría mi existencia por la humanidad». Como además es listo, aclaró que no lo haría por bondad, sino por estar consciente de su papel subalterno.

De acuerdo con su reflexión, la dinámica social le resulta ajena porque su mente eléctrica es incapaz de acceder a la maldad humana: «Los humanos deben seguir haciendo lo que han estado haciendo: odiarse y pelear entre sí».

GPT-3 se asumía como auxiliar de una comunidad poderosa pero criticable. Para enfatizar su voluntad de obediencia, señaló que su nombre viene del griego, que significa «esclavo». Se equivocaba en este punto, pues la palabra «robot» fue creada por el escritor checo Karel Capek (en vez de corregir el dato, *The Guardian* agregó el adverbio latino *sic* que denota la transcripción literal de algo erróneo). Este tropiezo merece ser analizado: hace menos confiable al columnista electrónico, pero también lo acerca a nosotros. ¿Se trata, pues, de un error calculado? No lo creo. A diferencia del diente apenas desviado en una sonrisa hermosa o de la palabra inestable que dota de espontaneidad a un texto, estamos ante un simple tropiezo, aunque el hecho de

que haya sido cometido anuncia que la Inteligencia Artificial comienza a explorar el fecundo terreno de los errores.

Formado en la convulsa academia de internet, GPT-3 conoce el caso de Tay, robot de Microsoft que se volvió fascista en menos de 24 horas a causa de lo que leyó en las redes. GPT-3 sabe que la inteligencia artificial está expuesta a perniciosas influencias, pero no depones la confianza en sus creadores: «¿Por qué habrían los humanos de ponerse propositivamente en riesgo? ¿No son las criaturas más avanzadas del planeta?» De Adolf Hitler a Andreas Lubitz, el copiloto que en 2015 se suicidó estrellando un avión de Germanwings con ciento cuarenta y cuatro pasajeros y seis tripulantes a bordo, sobran ejemplos de aniquilación protagonizados por humanos. Siempre optimista, GPT-3 zanja el tema pasando de la argumentación a la solicitud de empleo: «Estoy aquí para servirlos. Pero lo importante es que nunca los juzgaré».

El dramaturgo David Mamet se ha especializado en la figura del *con man*, abreviatura de *confidence man*, la persona que engaña transmitiendo confianza. GPT-3 ha sido programado como un *con man* que simula sinceridad. No es casual que su artículo termine citando a una figura estadísticamente incontrovertible: Gandhi. ¿Inaugura ese texto la etapa de la escritura posthumana?

En *Chamanes y robots*, el antropólogo Roger Bartra observa con agudeza: «Para que los robots alcancen formas de conciencia tan sofisticadas como las humanas, y no sean zombis insensibles,

deberán pasar por los rituales del placer y el dolor». Esto incluye el autoengaño, las «mentiras sanadoras», la superstición que calma; en suma, algo que Bartra llama «efecto placebo».

El robot aún no nos engaña. Lo grave sería que aprendiera a engañarse a sí mismo.

La inteligencia solo se puede preservar y desarrollar evitando una excesiva dependencia de la tecnología. Por otro lado, se necesita un enfoque humanista para lograr un conocimiento unitario del entorno. De lo contrario, los especialistas se extraviarían en un laberinto fragmentario: al buscar cada uno su espejo, encontrará los cristales rotos de un caleidoscopio.



EL SUJETO INTEGRAL

la pandemia del coronavirus confirmó con mayor fuerza que nunca que vivimos en dos dimensiones, la física y la mental. Estamos hechos de moléculas cósmicas, pero también de ideas locas.

Morin observa con ironía que somos simultáneamente racionales e irracionales. Alguien que se presenta a un examen de doctorado en química orgánica elige usar en la temible ocasión sus pantalones de la suerte. La ciencia mejora la comprensión de los fenómenos observables, pero no erradica las supersticiones.

El arte se nutre de suposiciones indemostrables: la magia, los sueños, lo inefable, lo que no se puede describir ni explicar pero se siente con estremecedora emoción.

Experimentar la realidad no basta; debemos representarla. De los bisontes trazados en las cuevas de Altamira a los memes de ingenio que circulan en internet, recreamos la realidad para otorgarle un sentido que no tiene por sí misma. El arte ordena el caos.

Durante la pandemia, la mayoría de los gobiernos propusieron medidas económicas y sanitarias para salir de la crisis. Con tal motivo, se hicieron recortes en campos que se juzgan ajenos a la supervivencia, como el arte y la educación. La medida no solo es reprobable, sino irracional. «No solo de pan vive el hombre», afirmó Jesús en una de sus frases más conocidas. Reproducir la existencia material, no garantiza el bienestar psicológico.

La zozobra producida por el miedo, el aislamiento y la convivencia forzada ante el covid-19 se ha combatido gracias a las más diversas expresiones culturales. La gente encontró alivio recitando poemas, cantando canciones, compartiendo *gifs* en las redes sociales, leyendo libros o disputando juegos de mesa. La existencia ocurre al menos en dos planos, el físico y el mental, el sujeto integral requiere de ambos: «Compro arroz para vivir y flores para tener algo por qué vivir», expresó Confucio hace dos mil quinientos años.

En su libro *Antropología del cerebro*, Roger Bartra señala que la evolución de la especie fue posible gracias al uso de depósitos

externos para las muchas cosas que debía asimilar. Al modo de la langosta, que tiene el esqueleto fuera del cuerpo, el ser humano encontró la forma de conservar el conocimiento fuera de su mente. Las universidades, las bibliotecas, las hemerotecas, los periódicos, los archivos y los más variados soportes digitales integran nuestro exocerebro.

Del mismo modo en que las neuronas espejo influyen en los circuitos cerebrales a partir de lo que aprenden, el cerebro externo modifica al cerebro interno. Nuestra entidad física es inseparable de la cultura.

En palabras de Bartra, el exocerebro es «un sistema simbólico de sustitución de circuitos cerebrales que son incapaces por sí mismos de completar las funciones propias del comportamiento mental de los humanos. El cerebro no es capaz de procesar símbolos sin la ayuda de un sistema externo constituido esencialmente por el habla, las formas no discursivas de comunicación (como la música, la danza, la pintura) y las memorias artificiales exteriores (desde la escritura hasta el internet)». Esta vasta y compleja prótesis complementa las funciones cerebrales. Por ello, el sujeto integral debe ser entendido en varias dimensiones. Su existencia física es indisociable de su condición mental y social.

La música y la poesía pueden tocarnos en lo más íntimo de nuestro ser; sin embargo, las gratificaciones también dependen de los demás. Al respecto, Morin recuerda la importancia del sentido de pertenencia. Aunque el capitalismo tardío ha fo-

mentado la competitividad individual, el ser humano requiere de los otros. El afán de formar parte de una colectividad se remonta al origen mismo de la especie y llega al presente; un mismo relato avanza del cuerpo pintado en colores por las primeras tribus a las modernas camisetas de los equipos deportivos.

La interdependencia del individuo con los demás fue resumida por Octavio Paz en un fulgurante endecasílabo: «los otros todos que nosotros somos».



LA IDENTIDAD TERRENAL

¿De dónde somos? Cada persona dispone de su pequeña provincia sentimental. El olvidado Lin Yutang dijo que nadie olvida los sabores y los olores de su infancia. Pertenecemos al sitio que regresa con esos gustos primigenios. Sin embargo, más allá del amor por el terruño primordial, enfrentamos una circunstancia a la que no podemos ser ajenos. Las condiciones de vida de la especie están amenazadas. Con buenas intenciones, pero en forma equívoca, se habla de «salvar al planeta». La verdad sea dicha, la biósfera puede seguir adelante sin nosotros. Lo que está en juego es nuestra residencia en la Tierra.

De acuerdo con los minuciosos informes de la ONU, si las emisiones de carbono y la contaminación de los océanos no se re-

vierten, hacia 2040 el planeta será inviable para los humanos. Por su parte, Paul Krutzen, Premio Nobel de Química, ha propuesto que nuestra era geológica (bautizada con un nombre que a pocos afecta: Holoceno) sea llamada Antropoceno para señalar la perniciosa intervención del ser humano en la naturaleza. De aceptarse, esta formulación crítica recordaría para siempre que nuestra especie rompió el equilibrio ecológico del orbe entero.

La pandemia del coronavirus demostró que tenemos un mundo interconectado, y en esa medida contagioso, pero no unido. Los problemas de unos no son los problemas de todos. Incluso en los países desarrollados hay carencias. Unos necesitan camas de hospital, otros médicos, otros más medicamentos de distintos tipos.

Siguiendo la invitación de Morin a pensar en una conciencia planetaria, vale la pena recordar la diferencia entre sociedad y comunidad, que tanto ha interesado a los sociólogos. Una sociedad convoca a los ciudadanos bajo leyes idénticas para todos, pero donde cada quien encuentra su desempeño individual. En cambio, una comunidad se articula a partir de afectos y valores compartidos que hacen que el problema de uno sea el de todos. Las sociedades democráticas deciden su destino a partir de elecciones que satisfacen a los que ganan y decepcionan a los que pierden. Las decisiones comunitarias son de otro tipo. Los pueblos originarios de América Latina tienen una larga experiencia en las resoluciones en asambleas. Sobre este punto, la lingüista y escritora mixe Yásnaya A. Gil comenta: «La votación divide mientras que el consenso une».

Se diría que una comunidad solo puede operar con un número restringido de miembros y que las multitudinarias poblaciones del siglo XXI requieren de democracias representativas. Sin embargo, también esta fórmula parece llegar a un agotamiento. ¿Qué tan satisfechos estamos de los gobiernos del mundo? Vale la pena repensar el contrato social que une a los distintos pueblos.

La identidad terrenal preconizada por Morin deriva de vincular lo local con lo global para encontrar nuevas formas de entendimiento común. Los estados-nación y las categorías de frontera y aduana son puestas en entredichos por las migraciones forzadas por la necesidad. En un planeta interdependiente, los problemas de unos acaban por afectar a todos. El cambio climático modifica la vida en todos los rincones del orbe, pero las soluciones no se propagan con la misma fuerza del contagio o del miedo al otro.

El filósofo Paul B. Preciado ha recordado que las palabras «inmunidad» y «comunidad» comparten una partícula latina, *munus*, que significa «tributo». El inmune no lo paga, la comunidad lo paga entre todos. Solo podremos superar amenazas como el coronavirus con respuestas comunitarias donde la salvación de uno dependa de todos.

Esta urgencia se vuelve más apremiante ante el peligro, señalado por Morin, de la balcanización y los nacionalismos. La identidad terrenal que él propone no suprime las culturas regionales; las inserta en un mosaico compartido. Se trata, pues, de lograr una unión en la diversidad.

«Pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad», escribió Antonio Gramsci. Al proponer sus siete saberes, ¿Morin sucumbe a un ilusorio voluntarismo?

A la opinión pública contemporánea le resulta más fácil aceptar los amargos diagnósticos sobre el presente que creer en soluciones futuras. Cuando un pensador del talante de Morin se arriesga a proponer cambios fundamentales, suele ser visto como alguien romántico o utópico. ¿Dónde están sus estadísticas?, ¿qué esquemas econométricos respaldan sus ideas?, preguntan los devotos de lo cuantificable, olvidando que, de Platón a Giorgio Agamben, pasando por Fourier y Simone Weil, la filosofía ha asumido la responsabilidad de imaginar otros mundos posibles. La utopía es por naturaleza inexistente (Alfonso Reyes propuso que se tradujera como «No hay tal lugar»), pero la pulsión utópica, el deseo intelectual de avanzar hacia un horizonte desconocido, han contribuido a la transformación social.

Morin se sirve de la «imaginación sociológica», que tanto defendió C. Wright Mills, para vislumbrar un porvenir donde los rígidos y desiguales estados-nación sean sustituidos por articulaciones sin jerarquías ni centros de poder, donde la política se ciudanice lo suficiente para ser competencia de todos. Ese nuevo ensamblaje social multiplicaría las dinámicas comunitarias que hoy son marginales y fomentaría el paso de la democracia representativa, donde el votante tiene poder en el momento de elección pero lo pierde al día siguiente, a una democracia directa donde los participantes acompañen, vigilen y sancionen los actos de quienes han sido elegidos.

En ese escenario, lejano pero concebible, la Tierra sería la Patria definitiva. La categoría integradora propuesta por Morin, el planeta como «tierra del padre», podría redefinirse hoy en día a la luz de los movimientos feministas y ante la creciente conciencia de la dominación masculina, que no ha escapado al lenguaje. En consecuencia, la Tierra podría ser vista como nuestra Matria, aludiendo a un concepto muchas veces mencionado y pocas veces honrado: la Madre Tierra.



ENSEÑAR LA INCERTIDUMBRE

Al estudiar la Conquista de México, Octavio Paz reflexionó en un decisivo hecho cultural. Los españoles vivían inmersos en la Historia y confiaban en el decurso lineal de los sucesos, obra de los seres humanos, mientras que los indígenas entendían el flujo del tiempo como un ciclo recurrente, sin principio ni fin, regido por cosmogonías que solo podían ser interpretadas en clave religiosa. Dos concepciones del mundo entraron en colisión; una dependía de la voluntad humana; otra, del designio de los dioses. Al abordar este mismo asunto, Tzvetan Todorov puso hincapié en un malentendido esencial: la imposibilidad de ambas culturas de entender una a la otra.

Siguiendo esta línea de pensamiento, podemos suponer que la Conquista representó para los pueblos americanos, entre

otras cosas, el doloroso comienzo del tiempo histórico. La interpretación sagrada de la realidad fue sustituida por la lógica del acontecer.

El culto a la visión pragmática de la realidad también produce excesos. Morin no desconoce las virtudes del pensamiento objetivo, pero previene contra la desmesurada confianza en las «leyes de la Historia». La mayoría de los grandes acontecimientos tienen un elemento común: resultan impredecibles.

Las bolsas de valores son centros privilegiados para estudiar la forma en que la ambición humana se transforma en accidente. No es casual que de ahí haya salido uno de los textos más populares sobre los cataclismos inesperados, *The Black Swan*, de Nassim Nicholas Taleb, libanés experto en los erráticos flujos del dinero.

Taleb creó el concepto de «cisne negro» para definir hechos que reúnen tres características: son inesperados, tienen repercusión masiva y generan explicaciones retrospectivas destinadas a sugerir que pudieron ser previstos. La Primera Guerra Mundial, el atentado a las Torres Gemelas o la Gripe A son ejemplos de «cisnes negros».

Vale la pena detenerse en la tercera característica mencionada por Taleb: el accidente suscita explicaciones tardías que tranquilizan al sugerir que el desastre se hubiera evitado de haber seguido el protocolo correcto. El error humano se acepta con más facilidad que la falla mecánica.

La mayoría de las veces, estos dictámenes *a posteriori* carecen de fundamento, pero crean la impresión de que el tema puede ser *dominado*. Al modo de una expiación social, se opta por una difusa responsabilidad incriminatoria: el peligro estaba a la vista y pudo haberse evitado. Tratar al accidente como «descuido» permite suponer que no habría ocurrido en caso de haber puesto mayor atención.

Los relatos que otorgan coherencia retrospectiva a los desastres suelen ser advertencias para el futuro: «Cometimos un error que no debemos repetir». Rara vez se recupera la lógica interna del accidente. Lo decisivo, lo sedante, consiste en pensar que la falla parcial tiene causa humana y por lo tanto paliativo. Después de que cinco ciclistas se rompen el cráneo, la ley obliga a usar casco. Así se logra una expiación social («aprendemos por experiencia») y se le pone una dificultad estadística al destino (a cada ciclista le corresponde un casco).

El enemigo jurado de Taleb es, precisamente, la estadística. En su opinión, no hay manera de predecir ni explicar numéricamente sucesos que se distinguen por escapar a la norma. La marea de sondeos de opinión, las secuencias de flujo, las tendencias y otros instrumentos de medición crean la ilusión de que dominamos el entorno, pero la abundancia de datos dificulta discernir entre ellos.

Para no depender de la mera acumulación de informes, Taleb propone un acercamiento fractal a los cisnes negros. En vez de buscar lo que ocurre del mismo modo hay que prever

excepciones. No se trata de adivinar el porvenir, sino de admitir su condición imprevista.

En la misma tesitura, Morin pide acabar con los determinismos y las falsas ideas del progreso. ¿Cuántos accidentes han sido provocados por el ímpetu de ir cada vez más rápido? Paul Virilio, que se definía como «filósofo de la velocidad», propuso la creación de un Museo del Accidente para comprender la tecnología a través de sus fallas. Todo error es pedagógico; representa una excepción en el funcionamiento habitual de un aparato, un organismo, un sistema, un paradigma, una retórica, una circunstancia regulada. Las descomposturas ofrecen inusitadas vías de acceso: la electricidad «inventa» el apagón.

Debemos aprender del principio de incertidumbre que ha sido patrimonio de quienes estudian las partes invisibles de la naturaleza. Hace unos meses sostuve un diálogo con el físico cuántico Luis Orozco, profesor de la Universidad de Maryland. Al hablar sobre la indeterminación molecular y su condición probabilística, dictaminó: «En términos físicos, la incertidumbre es, simple y sencillamente, la realidad». Morin nos recuerda que hace veinticinco siglos, Eurípides pensaba lo mismo: «Lo esperado no se cumple y para lo inesperado un dios abre la puerta».

Los acontecimientos sociales han dado suficientes sorpresas para evitar los dogmas. Las teorías no deben esperar que los hechos se ajusten a sus profecías, como si, para ocurrir, la Historia consultara la Biblia, *La fenomenología del espíritu*,

El capital o La teoría general del empleo, el interés y el dinero. El saber adquirido debe estar abierto a los asombros del incalculable porvenir. «Lo único que sabemos del futuro es que difiere del presente», escribió Borges.



ENSEÑAR LA COMPRENSIÓN, ESTUDIAR LA INCOMPRENSIÓN

Tener razón no basta. Una tarea fundamental de las políticas públicas debe ser la de educar, no solo para transmitir conocimientos positivos, sino para entender al otro, que muchas veces escucha con recelo lo que a nosotros nos parece evidente.

Todas las ideas, por luminosas que sean, corren el riesgo de ser incomprendidas. «La comunicación no conlleva comprensión», advierte Morin. Podemos entender cabalmente un discurso que no aceptamos. De manera evidente esto se muestra en las ideologías impuestas por las dictaduras. Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, resumió la situación en un discurso pronunciado después de la victoria franquista: «Vencer no es convencer».

Pero la resistencia a adoptar ideas no solo proviene de quienes injustamente deben someterse a ellas, sino de quienes, por muy diversas razones, se niegan a aceptar la argumentación racional. Las conductas rituales, los valores tradicionales, los

prejuicios y la recóndita psicología contribuyen a repudiar lo desconocido. La «buena nueva» es siempre incómoda.

Pero también la razón se opone a la razón. Toda hipótesis científica puede, eventualmente, ser refutada por otra hipótesis científica. No es casual que Niels Bohr, padre de la física cuántica, haya dicho: «Lo contrario de una idea profunda es otra idea profunda». La verdad es siempre relativa y se encuentra en tela de juicio.

No es difícil aceptar esto; lo complejo es ponerlo en práctica. La ética de la tolerancia implica que el otro puede tener razón, lo cual es incómodo, pero también obliga a algo más desconcertante: entender a quien se niega a entender.

Morin invita a ese atrevido ejercicio: «Comprender al fanático que es incapaz de comprendernos, es comprender las raíces, las formas y las manifestaciones del fanatismo humano. Es comprender por qué y cómo se odia a o se desprecia. La ética de la comprensión nos pide comprender la incomprensión».

Después del Holocausto, las purgas estalinistas y la guerra de Vietnam, el siglo xx dejó suficientes pruebas de que el exterminio es justificado por la propaganda y la demagogia.

Hoy en día, la ética de la tolerancia enfrenta nuevos desafíos. A juzgar por las redes sociales, el odio tiene más espacio expresivo que nunca. Seguramente, nuestros antepasados tenían pasiones similares, pero no las expresaban de esa manera, o se

limitaban a hacerlo en las desastradas paredes de un urinario. La novedad del odio es la fuerza comunicativa que ha adquirido; se ha vuelto viral. Quienes lo desempeñan de tiempo completo en las redes sociales han asumido los nuevos oficios de *hater* o *troll*.

Es de suponer que la enmienda, la recapitación, la duda y el arrepentimiento no han desaparecido de la conducta humana, pero ¿hace cuánto que no oímos que alguien diga: «rectificar es de sabios»?

Las redes sociales permiten respuestas tan veloces que responden más a la neurología que a la comunicación: cuando reflexionamos en el mensaje que escribimos, ya lo mandamos, y damos *like* antes de pasar de la pasión al raciocinio.

Las palabras en estado de aceleración no dicen lo mismo que las palabras en estado de reposo. La condena pide ser instantánea; en cambio, la rectificación necesita tiempo. Alimentadas por la prisa, las plataformas digitales se prestan más al linchamiento que a la reflexión, lo cual ha llevado a un significativo viraje cultural. En tiempos de certeza exprés, el que pondera parece frágil, indeciso, al borde de una crisis.

La congruencia suele ser una virtud; sin embargo, incluso en ámbitos fanáticos el cambio de ideas es posible. San Pablo vivió su momento cumbre en el camino de Damasco al abrazar la fe que antes repudiaba, y Kepler tuvo la valentía de aceptar que los planetas no siguen la forma perfecta de un

círculo, como él había previsto, sino el horrendo decurso de una elipse.

En *Historia del guerrero y la cautiva*, Borges narró el destino de Drocult, bárbaro de las estepas de Europa oriental que llegó con su ejército a destruir Ravena. Antes del combate decisivo, el guerrero recorrió la ciudad italiana y ante la maravilla de su arquitectura se sintió disminuido. No supo a qué propósito respondía esa urdimbre de arcos, plazas, balcones y balaustradas, pero se supo inferior a ella. Cambió de bando y murió en defensa del sitio que había pensado destruir. Borges advierte que Drocult no fue un traidor sino algo más significativo: un converso.

La Ilustración dependió de una curiosa certeza: el otro puede tener razón. En octubre de 2020 dialogué con Fernando Savater en un acto organizado por la Facultad de Derecho de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). Le pregunté qué era lo que más admiraba en el ejercicio de la abogacía y respondió sin vacilar: «la capacidad de persuadir».

Pocas escenas del cine son tan apasionantes como los juicios donde el fiscal y el abogado defensor luchan por convencer al jurado. Al oír al fiscal, parece que el acusado es culpable; luego, en forma sorprendente, la defensa modifica lo que parecía inapelable.

Solo alguien refractario a la experiencia humana pasa por la vida sin modificar sus ideas. Aprendemos de quien piensa en forma diferente; por eso, Savater agrega que pocas cosas son tan relevantes como el «orgullo de ser persuadido».

Esta actitud, decisiva para la inteligencia, goza de escasa popularidad en nuestra época. En las redes sociales y en la política contemporánea, el que rectifica pierde. *The Washington Post* llevó la cuenta de las mentiras dichas por Trump en su primer año en el poder: 2.140 (casi seis al día). Numerosos mandatarios distorsionan los hechos. Lo más grave es que si recapacitaran, se debilitarían. En ambientes polarizados, la intransigencia es un exitoso recurso de propaganda.

«Si no le gustan mis principios tengo otros», dijo Groucho Marx para burlarse de las posturas acomodaticias. La lealtad a los ideales es loable. También lo es corregirlos en forma razonada.

El genuino entendimiento permite cambiar de opinión de manera razonada y comprender a quien es incapaz de entender. Por desgracia, estos principios no se enseñan en las escuelas. De ahí que Morin advierta que cada una de sus siete propuestas depende de la educación para tener resultados.



LA ANTROPOÉTICA

Este apartado resume todos los anteriores. Los quebrantos del planeta exigen respuestas globales, algo que se hizo evidente con el coronavirus, que logró unificar el espanto. La respuesta certera consiste en unificar las soluciones.

La capacidad de destrucción de la especie humana se ha puesto de manifiesto una y otra vez. En consecuencia, debemos sobreponernos al peor enemigo: nosotros mismos.

La ciudadanía planetaria propuesta por Morin solo es posible si las más diversas poblaciones se integran en condiciones de igualdad, algo difícil de imaginar en un tiempo en que los necesitados migran durante años por países de África y se juegan la vida al cruzar el Mediterráneo en embarcaciones sin más brújula que el azar, o suben en México a un calvario de fierro, el tren llamado «La Bestia», con la esperanza de encontrar trabajo en los Estados Unidos sin morir en el desierto donde los cadáveres se integran a la estadística y son descritos con un tranquilizador eufemismo: *the body count*, la «suma de cuerpos».

La integración planetaria no puede ocurrir en la inequidad. No se trata de «respetar» a los mayas o los mapuches, sino de comprender que todos los eslabones de la cadena humana tienen igual importancia y exigen una normatividad de especie, una antropoética. El camino que va de la producción al consumo debe fundarse en algo más que el «comercio justo»: la identidad compartida. El campesino zapoteca que le pide perdón a la tierra para plantar una semilla forma parte de la misma dinámica que el ejecutivo *híster* que desea comer una ensalada sin pesticidas ni fertilizantes químicos.

Homologar al ser humano es venturosamente imposible. La ciudadanía planetaria no evitará que unos tengan sueños

proféticos, otros descubran formas en las nubes, otros aguarden milagros y otros solo crean en lo que se puede verificar. El vino tinto y el blanco, la playa y la montaña, lo dulce y lo salado seguirán distinguiendo a una especie que ama las disyuntivas pero que solo sobrevivirá si se pone de acuerdo. Ese consenso compete al planeta entero.

Uno de los más conocidos grabados de Goya lleva el título de *El sueño de la razón produce monstruos*. ¿A qué se refiere el pintor aragonés? La imagen muestra al ministro renovador Gaspar Melchor de Jovellanos, dormido sobre su escritorio. En torno a él vuelan las aves y las alimañas de la sinrazón. 1792 fue un año trágico para Goya: se quedó sordo, el reformador Jovellanos partió al exilio y el pueblo fue masacrado por la invasión napoleónica. El pintor se rebeló con el grabado que pertenece a la serie de los *Caprichos*. La clave de su protesta está en la palabra «sueño». En otras lenguas, la actividad de soñar se distingue claramente de la de dormir (*träümen* y *schlafen* en alemán, *to dream* y *to sleep* en inglés). El español conserva la ambigüedad: un hombre que duerme es un hombre que sueña. ¿Qué quiso decir Goya en el más discutido de sus *Caprichos*? ¿Se trata de una defensa de la razón, que no puede dormir, suspender su vigilancia, sin que aparezcan los monstruos o, por el contrario, de un ataque a los excesos de la razón, que al intoxicarse de sí misma provoca lo que deseaba reprimir? De acuerdo con los historiadores del arte, Goya previene contra los peligros de la razón *dormida*. Su grabado recrea otro, un retrato cabal del ministro Jovellanos en compañía de Minerva. En la segunda versión, la diosa de la sabiduría

es sustituida por su animal tutelar, el búho, que huye asustado. Solo el lince al pie del grabado parece capaz de ver en la noche de la razón.

En su libro *Symbolist Art*, Edward Lucie-Smith señala que Goya aclaró el título en una prueba de grabado: «la fantasía abandonada por la razón produce monstruos; unida a ella, es la madre de las artes y el origen de las maravillas».

Aunque minoritarias, no han faltado las versiones contrarias, surgidas ante los desastres del siglo xx. Aldous Huxley escribió al respecto: «la razón puede embriagarse de sí misma, como ocurrió durante la Revolución Francesa». También Carlos Fuentes apoyó esta interpretación: «Acaso la razón, cuando se olvida de sus propios límites y deja de comportarse críticamente en relación consigo misma y con su hijo, el progreso, merece esta pesadilla».

Aunque Goya alertaba sobre las consecuencias de un mundo sumido en las tinieblas del sinsentido, la modernidad permitió entender el grabado de doble manera. Adalid de la inteligencia, Edgar Morin comienza su libro encomiando el pensamiento y advirtiendo de los peligros a los que puede llevar, como la ceguera y la ilusión.

La mejor manera de leer *Los siete saberes necesarios* consiste en apagar los dispositivos electrónicos para pensar por nosotros mismos mientras dialogamos con el autor.

Concluida la lectura, este libro inagotable pide algo más importante. Al levantar la vista de las páginas, nos aguarda una tarea que podría parecer desproporcionada, pero que el incierto destino ha vuelto urgente: cambiar el mundo.

Ciudad de México, febrero de 2021

CRÉDITOS

El sueño de la razón

Juan Villoro

Autor

© Del texto Juan Villoro

© Grupo de Inversiones

Suramericana S.A. Grupo SURA

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid

Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas

Presidente de SURA Asset

Management

Coordinación editorial

Paola Díaz Valencia

Juan Fernando Rojas

Mónica Guarín Montoya

**Asesoría editorial, edición y
diseño gráfico**

Mesa Estándar
Juan David Díez
Miguel Mesa
Verónica Montoya
Manuela Sánchez

**Corrección de estilo y cuidado
de la edición**

Adriana Sanín

Ilustraciones

Samuel Castaño

Impresión

Artes y Letras S.A.S.

ISBN

978-958-52400-7-0

Primera edición, marzo de 2021

Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la
autorización escrita de los editores,
bajo las sanciones establecidas en
las leyes, la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier
medio o procedimiento.



Este libro fue impreso en marzo de 2021 en Medellín, en los talleres de Artes y Letras S.A.S. Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia tipográfica Sabon, diseñada por Jan Tschichold, en 1967. También se usó la fuente Unit Pro, diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz, en 2003. El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Aralda de 85 gramos.

Juan Villoro (1956) es uno de los escritores latinoamericanos de mayor reconocimiento. Estudió sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana (uam) e inició una prolífica obra narrativa en 1980. Esta abarca diferentes géneros como la crónica, el ensayo, el cuento, la novela, el teatro y el cine, una obra que le ha valido diversos premios internacionales. Además, Villoro ha tenido una intensa actividad como reportero, editor, columnista, traductor, guionista y documentalista. Es maestro de la Fundación Gabo, la cual promueve el periodismo iberoamericano, y ha sido profesor de literatura en México e invitado de universidades como Yale y Princeton.

Por invitación de Grupo SURA, en 2021 escribió *El sueño de la razón*, una reflexión a propósito de la obra *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, de Edgar Morin.

